

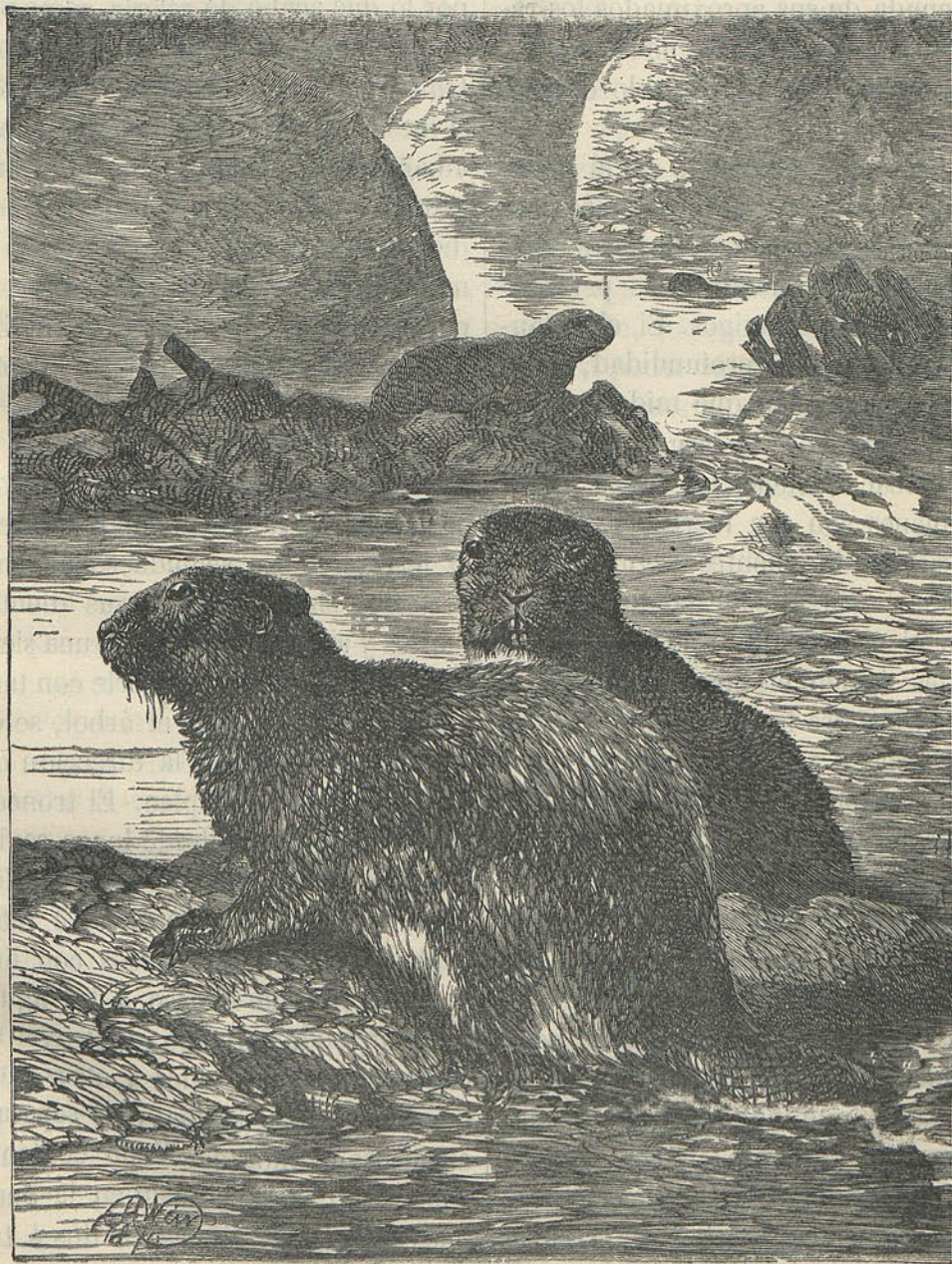
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO

AÑO VII.

MADRID 1.º DE FEBRERO DE 1880.

NUM. 71.



EL CASTOR.

El castor ha adquirido gran fama y renombre por su astucia y discrecion. Pertenece á la numerosa familia de los roedores, distinguiéndose entre la gente menuda de sus aproximados los ratoncillos, ratas, ardillas, conejos, etc., como gigante entre un pueblo de enanos.

Fabrica su habitacion en el agua, porque en esta se mueve con más ligereza y seguridad que en la tierra, sustrayéndose fácilmente á las persecuciones de sus enemigos. Si el estanque ó rio tiene poca profundidad, construye un terraplen que mide á veces más de cien pies de largo, con el fin de estancar ó detener las aguas. Estos terraplenes son tan fuertes y firmes, que sirven de puentes seguros á los cazadores. En estos estanques artificiales el castor edifica su casa, cuyas paredes suelen elevarse unos seis ú ocho pies sobre la superficie del agua. Las puertas ó agujeros que dan entrada á la habitacion, se hallan bajo agua á tanta profundidad, que aun en el invierno más crudo no las cierra el hielo. Pero la habitacion ó cámara principal interior está siempre seca, elevándose su piso unas cuantas pulgadas sobre el nivel del agua. El castor pone un especial cuidado en que el agua no suba tanto, que inunde su habitacion; y que sin embargo, tenga siempre cierta profundidad, á cuyo efecto hace el castor frecuentes visitas al terraplen

durante la noche, para ver si todo está en orden. De este modo se pone al abrigo de sus enemigos las fieras del bosque, que no pueden ir por debajo del agua.

Pero me preguntareis, sorprendidos por lo que acabo de referir, cómo puede un animal hacer tales obras, construir terraplenes y edificar casas como si fuese arquitecto, maestro de obras ó albañil. Verdad que es de admirar la astucia y habilidad que Dios ha concedido á este animal; pero tampoco es uno solo el que levanta estas obras, sino un conjunto de diez ó doce familias que se asocian para trabajar de comun acuerdo.

Buscan primeramente un árbol, de altura y grueso suficiente, situado á orillas del rio donde intentan construir el terraplen. En seguida se ponen á cortarlo, sirviéndose de sus dientes, fuertes y agudos como los de una sierra de acero, calculando el corte con tanta habilidad, que al caer el árbol, se coloca precisamente en la direccion que ha de tomar el terraplen. El tronco y las ramas prestan desde luego seguro apoyo y fundamento, el cual es reforzado con palos trasversales; é interceptados y llenos los huecos con limo y barro, impide el paso á las aguas.

De un modo parecido construyen sus casas, ayudándose unos á otros, aunque luego cada familia viva separada en su propia morada. Y no contentos con estas obras, socavan en la tierra unas especies de túneles de dos á tres

piés de ancho y alto, para llegar por estas vías subterráneas con toda seguridad á los bosques de álamo y arce, cuya corteza y hojas son su pasto favorito. En otoño colocan gran cantidad de estas hojas alrededor de sus habitaciones, como provision para el invierno.

En esta temporada es cuando el castor se halla mas gordo. Los hay hasta de sesenta libras; pero por regla general su peso no escede de 30 á 40 libras. En Europa hay pocos ejemplares de esta raza; y solo en los inmensos bosques virginales de la América del Norte abundan aun, formando colonias tan numerosas como la que os presenta la lámina.

Los castores jóvenes se acostumbran fácilmente al trato de los hombres, y en muchas familias americanas son el juguete favorito de los niños.

Un joven castor fué regalado á un naturalista, el cual al recibirlo se llenó de la mayor alegría. Le dejó andar libremente por la casa, y el joven habitante del bosque, despues de haberla mirado y observado, se dirigió hacia el cuarto de su amo. Arrastró dos escobas, con las que señaló el límite de su habitacion. Despues fué á buscar á la cocina una gran sarten, la que condujo hábilmente colocada sobre la nuca, agarrada por el mango con una de sus patas delanteras; y cojeando con las otras tres, se dirigió á su rincon. La sarten representaba el fundamento ó el ángulo de piedra, y sobre ella

amontonaba todo lo que podia atrapar, maderos, sacabotas, zapatos, libros, pedazos de paño, periódicos ó cosas semejantes. Algun tiempo despues se sentaba ya sobre sus patas y reconocia este trabajo como un arquitecto para ver si todo estaba en orden.

Pronto cambió de plan. Abandonando aquello, se dirigió apresuradamente y se colocó bajo una cama, donde no necesitaba construir tejado, sino solamente las paredes.

Ciertamente tendrian nuestros jóvenes amiguitos mucha alegría con tal compañero, aunque la madre de ellos no debia poner buena cara cuando viese á este animalito entre los cacharros de la cocina.

EL PODER DEL JABON Y AGUA.

CONTINUACION.



«Es la mejor ayuda que podeis darnos,» respondió alegremente el jabon. «Cuando vos nos alumbráis, vemos lo que estamos haciendo; mas trabajando en la oscuridad y á tientas muchas veces hay que volverlo á hacer; pero mi vida es muy corta y me gasto con tanto trabajar.»

«¡Ah, sí!» contestó el sol con alguna compasion, viendo que menguaba el jabon. «Os estais muriendo.»

«Sí; yo y mi familia somos de muy corta vida,» respondió el jabon, «pero no me importa; prefiero gastarme trabajando, á servir de pasto á las ratas, pues mi vida aunque corta, es útil. Me sentiria muy infeliz si me pusieran en una despesa para vivir lueg-os años sin hacer nada, mientras quedaba olvidado el trabajo para que fui hecho.»

«¡Oh!» respondió el agua algo ofendida de no haber tenido parte en la conversacion. «Si las gentes conocieran nuestro mérito, el mio y el de mi hermana que está á mi lado, pronto se veria un estado de cosas muy diferente. Me atreveria á hacer un cambio radical en la sociedad, por el cual el pueblo ganaria mucho.»

«¿Y qué podriais hacer,» interrumpió el aire, «sin contar conmigo?»

«Debias hablar de otro modo,» dijo el agua con buen humor, «y preguntar cuánto podriamos hacer contigo. Separados, la ignorancia, la indolencia y las enfermedades nos vencen, pero unidos, nuestro triunfo es seguro. Moradas limpias y bien ventiladas, habitadas por personas aseadas, son el lugar menos á propósito para el mal humor y el crimen, el vicio y la enfermedad.

«El aseo, tanto en la casa como en la ropa, y abundancia de jabon y de agua, harán más para formar buenos maridos y esposas, niños obedientes é industriosos, que todas las leyes vigentes y todos los reglamentos de policía

establecidos hasta el dia.»

«Tienes razon,» dijo el sol. «Nadie mejor que yo puede atestiguar la verdad de esto. Pocas son las casas en donde yo no penetro; y puedo asegurar que donde entro con más facilidad, y donde os encuentro á vosotros, mis queridos amigos, es donde Dios es más servido y honrado.»

«Por supuesto,» replicó el agua, «y no hay que extrañarlo; es muy difícil ser feliz y activo cuando uno se siente mal, y si pudiéramos» (echando una mirada hácia la alcoba donde la señora Juana y los niños se hallaban acostados), «si pudiéramos hacer con esas pobres criaturas lo que hemos hecho con este cuarto, en una semana se notaria un cambio radical en ellos. Pero como nunca me permiten á mí ni á mi hermano acercarnos á ellos, la suciedad se pega á sus personas, cerrando los poros, y el sudor que no encuentra salida permanece en el cuerpo produciendo granos, llagas, calenturas, y una infinidad de males, que nunca se presentarian si las gentes nos invitasen á vivir con ellas.»

«Es mucha verdad,» dijo el sol, deramando sus rayos por el limpio suelo.

«Verdad,» repitió el aire mientras ondulaba por todo el cuarto.

«Verdad,» dijo el jabon con voz débil y desmayada, porque sus fuerzas se hallaban agotadas.

(Se continuará.)





El ave paga con cantos
Y con juegos y caricias
Al que tierno la alimenta
Y que la cuida y la mima.
La flor con más rico aroma
Y con hojas muy más lindas

Recompensa al jardinero
Sus desvelos y fatigas.
Así vosotros también,
Cual la flor y el ave, oh niños,
Sed con vuestros preceptores
Dóciles y agradecidos.

EL PODER DEL JABON Y AGUA.

CONTINUACION.

«¡Ah!» continuó el agua. «Si pudiéramos conseguir que esta pobre mujer viera con nuestros ojos, y probara cuánto ganaría con nuestra amistad, si pudiéramos enseñarla este cuarto según está ahora, radiante de luz, purificado por el aire que entra sin estorbo por ninguna parte, el suelo limpio, los muebles limpios y limpia la chimenea, los niños con los ojos brillantes, las mejillas encarnadas y la risa alegre de la juventud, al lado de una madre ocupada en su labor, alguno de ellos ayudándola, los otros divertidos conjuguetes proporcionados á su edad, y todos coadyuvando á la felicidad comun del hogar. ¡Oh, qué diferencia veria entre ese hogar que pudiéramos darla, y el que ella ha escogido!»

Y excitada el agua por su propia energía, hizo tanto ruido, que la señora Juana se despertó, encontrándose con que todo era un sueño, y que se hallaba en su cama rodeada de miseria, suciedad y confusion.

Tan distinto le era el recuerdo de su sueño, que le costó trabajo convencerse que no era una realidad, y que no habia visto la luz brillante del sol, ni respirado el puro ambiente, ni tampoco oido las sábias palabras del agua; deslizándose de la cama pasó al otro cuarto para examinarlo. En efecto, todo era un sueño, y aquella habitacion se encontraba como la habia dejado. La

chimenea llena de cenizas, la ropa sucia tirada en un rincon, la mesa cubierta con los despojos de la cena y todo en la mayor confusion; las ventanas llenas de polvo, y el aire impuro y cargado con el nauseabundo olor del tabaco y los gases de la cerveza. ¡Cuán diferente al hogar limpio y resplandeciente que habia visto hacia un momento en su sueño!

«Con que despues de todo no ha sido más que un sueño!» dijo Juana entre sí mirando á su alrededor. «¡Oh! ¡Si hubiera sido una verdad!» Entonces le vino la idea: «Pero puede ser una verdad si quiero; y si aire puro, jabon, agua y un poco de trabajo pueden conseguir este cambio, ¿por qué no he de tener ese hogar limpio y alegre que he visto en mi sueño?» Y sin tardar acercóse á la ventana, y por primera vez en mucho tiempo la abrió de par en par.

«¡Oh, cuán grato era el aire puro de la mañana que penetró en la habitacion! Parecia prometerle salud y felicidad. Era una hermosa mañana del estío; los dorados rayos del sol se esparcian por la capital; todo estaba silencioso porque aún era muy temprano. Habia algo en aquella calma, que penetró hasta el corazon de la pobre mujer, la cual, arrodillándose junto á la ventana, quiso orar, como lo habia hecho cuando aún era niña, pero en vano; tan lleno se hallaba su corazon, que solo pudo exclamar: «¡Dios me ampare!» Y cubriendo su cara con

las manos, prorumpió en llanto. Las lágrimas que vertía la hicieron bien, dando alivio á los sentimientos de miseria que llenaban su pecho.

Entonces se levantó, y echando una ojeada por el cuarto, se amedrentó al ver cuanto habia que hacer. ¿Por dónde empezar, cuándo acabar? Todo estaba tan súpicio y abandonado, que pensó seria mejor dejarlo así. Pero el aire puro que bañaba su frente y los rayos del sol que entraban en el cuarto parecían contestarla: «No desmayes; manos á la obra. Allí está una cuba, pronto se concluirá todo.»

Animada de esperanza se fué á la fuente en busca de agua y se puso á trabajar. No tenia mucha bayeta ni jabon, y las escobas y cepillos eran viejos; «sin embargo» pensó ella, «hare lo posible.» Pero ¿por dónde dar comienzo al trabajo? Por la ventana, resolvió, acordándose cuán gratos la parecieron los rayos del sol que vió en su sueño. Así pues comenzó por lavar los vidrios de las ventanas. ¡Cuán grande era el cambio que se notó cuando ya estuvieron limpios, dando entrada á la luz en todo su esplendor.

Es verdad que entonces descubria mucho más lo súpicio que estaba el cuarto; pero el ver nuestras faltas es el principio de curarlas.

Mas por mucho que se apresurara, no habia concluido aun su trabajo, cuando despertando su marido y echándola de ménos, la llamó para saber qué estaba haciendo.

«Arreglando tu almuerzo,» contestó Juana en tono tan alegre, que aquel sorprendido se levantó para saber lo que sucedia.

Al ver el buen hombre el cambio que se habia operado en su habitacion, exclamó: «¡Pero mujer, qué te ha sucedido? ¿Qué estás haciendo?»

«Estoy enmendando los descuidos de los años pasados,» contestó. «He oido cosas muy extrañas, y quizás seremos más felices en adelante.»

(Se continuará.)

GLORIAS DE ESPAÑA.

TRAJANO.

Al tratar de las glorias de España, no podemos pasar en silencio los nombres de dos de sus hijos, Trajano y Adriano, célebres en la historia del mundo por sus relevantes dotes y por el alto puesto que ocuparon. Fué preciso que los dueños del mundo salieran de nuestra pátria para hacer olvidar con su ilustracion y buen gobierno la crueldad y corrupcion de los emperadores que les habian precedido.

España, plantel de hombres célebres en todas las esferas, puede gloriarse de haber sido la primera que dió á Roma un emperador extranjero. Este fué Trajano, natural de Itálica, ciudad asentada en los alrededores de Sevilla y cuyas gloriosas ruinas son la admiracion de propios y extraños.

Prendado de las buenas cualidades

y natural ingenio de Trajano, el viejo emperador Nerva lo adoptó por hijo y sucesor suyo. Acogió esta eleccion el pueblo con gran aplauso, concediéndole más tarde el título de *óptimo*, dictado que ningun emperador habia llevado hasta entónces. Su entrada en Roma fué la de un padre que viene á visitar á sus hijos; en vez de ir en magnífico carro de guerra y rodeado de la pompa y lujo que se acostumbraba en tales circunstancias, marchaba á pié, confundiéndose con la muchedumbre que se aglomeraba para saludarle y bendecirle.

Era Trajano tan generoso para con los pobres, que sus más íntimos amigos le reprochaban su excesiva largueza. Pero él se contentaba con decirles: «Quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querria que hiciese un emperador.» Dedicóse á restablecer la justicia alterada por el despotismo: «Toma esta espada,» dijo al capitán de sus guardias, «esgrímela en favor mio si cumplo mi deber; en contra, si á él faltase.» Y consecuente con esta máxima, castigó severamente á vários gobernadores, en particular á uno de España que se habia hecho odioso por sus depredaciones y tiranía. A la justicia añadia la indulgencia y la humanidad. «Prefiero,» solia decir, «la impunidad de cien culpables á la condenacion de un solo inocente.»

A estas buenas prendas, tan necesarias en un emperador, unia nuestro compatriota un gran valor, del que dió

pruebas en un sinnúmero de batallas, venciendo á muchos reyes y ganando muchas victorias, cuya memoria perpetuó erigiendo la hermosa columna trajana, grandioso monumento que hoy adorna una de las plazas de Roma. Más de dos mil quinientas figuras diferentes representan en ella los diferentes pueblos que venció Trajano. En su cúspide, estaba la estatua del emperador, ocupando hoy este lugar una efigie de San Pedro.

Entre las grandes obras que llevó á cabo este ilustre español debemos citar el famoso puente de Alcántara, en Extremadura, sobre el Tajo, largo de seiscientos piés sobre veintiocho de ancho. Tiene solo seis arcos, siendo maravillosos los dos de en medio, cada uno de los cuales mide ciento veinte piés de ancho y treinta las pilastras en que descansan.

Pero este príncipe, honor de España y del imperio, desmintió su dulzura persiguiendo á los cristianos, porque no conociendo sus divinas y consoladoras doctrinas, daba oídos á los que los calumniaban, representándolos como peligrosos para el Estado.

Despues de diez y siete años de reinado murió Trajano, el año ciento diez y siete de la era cristiana. El apóstol San Juan, de edad muy avanzada, murió bajo el reinado de este emperador.





LA ESCLAVA DEL GENERAL.

Vivia muchos años há en la córte de Damasco, capital de Siria, un general poderoso y rico, tan estimado de su soberano, como temido de los enemi-

gos del reino, á los que habia batido en frecuentes encuentros.

Pero á pesar de sus riquezas y alta posicion, el general no era feliz, ni

mucho ménos; muy de veras hubiera cambiado su suerte por la del más humilde de su numerosa servidumbre; porque al infeliz aquejaba la terrible é incurable enfermedad que se conoce bajo el nombre de lepra.

Esta plaga peor que el cáncer, (porque este suele afectar solo una parte del cuerpo,) pudre con paso lento, pero seguro la carne, los músculos, el pellejo y hasta los huesos del desdichado al que se pega, convirtiéndole poco á poco en una masa fétida y podrida, cuyo aspecto y olor se hace insoportable aún á los más cariñosos amigos y parientes.

En el general, la plaga no habia llegado aún á tal extremo, pero no cabia duda de que llegaria; pues lo más terrible de la lepra, es precisamente la lentitud con que se desarrolla, al par que la infalible seguridad de sus últimas consecuencias.

No hay médico que la cure, ni medicina que la combata. Los primeros facultativos del reino habian probado el poder de su arte para devolver la salud á tan ilustre personaje, pero perdieron uno tras otro la esperanza. El paciente mismo, su mujer y demás familia la habian perdido tambien; una sola persona la abrigaba aún. Era una criada de buenos modales y simpático semblante, que estaba al servicio de aquella familia. Sus amos la trataban bien como á toda su servidumbre, á pesar de ser ella una pobre esclava, de otra nacion y distinta religion. La

muchacha á su vez amaba á sus amos, y en particular sentia la más viva compasion por el desdichado enfermo.

Movida por esta, no dejaba de discurrir sobre el medio que podria curarle, y un dia al presentarse ante su ama, la dice: «Yo sé de qué manera mi señor podria ser curado de su enfermedad.» La señora en un principio no hizo caso de tan atrevida pretension, puesto que no era posible que una ignorante esclava entendiese de medicina, y efectuara lo que los mejores médicos no habian logrado. Pero esta insiste en su afirmacion: «Sí, yo sé un remedio contra esta enfermedad; si rogase mi señor al profeta, que vive en Samaria, él lo sanaria de su lepra.»

Pero, ¿quién era este profeta, y qué sabia la muchacha de él? El profeta era Eliseo, que vivia á la sazón en Samaria, capital del reino de Israel. La muchacha le conocia por ser ella misma una israelita que los soldados siriacos, en una de las frecuentes guerras con el vecino reino, habian hecho prisionera. Pero arrancada de su pais, separada de su familia, en medio de paganos que se postraban ante los ídolos, ella conservó no obstante su fe en el único Dios invisible, hacedor de los cielos y de la tierra; no se inclinó ante los ídolos, sino que adoró á su Dios, sola, afrontando las burlas y amenazas que le prodigaban los otros criados.

Esta firme confianza la hizo concebir la idea: Solo mi Dios puede sanar,

donde de nada sirve poder y arte humanos; él lo hará por medio de su siervo, el profeta, si el general lo pide humildemente.

(Se concluirá.)

EL PODER DEL JABON Y AGUA.

(CONTINUACION.)



«Pero, dime,» contestó su marido, «¿a qué hora te has levantado para haber hecho tanto? Si me hubieras despertado, te hubiera ayudado.»

«¡De veras!» exclamó ella.

«Sí, de veras; mucho he anhelado tener un hogar decente, y trabajaria con gusto si viese alguna esperanza de lograr mis deseos. Vamos, ¿quieres que te ayude á limpiar esta chimenea? En un dos por tres quito toda esa basura.»

Hacia muchos años, que Juana no habia escuchado tan cariñosas palabras de su marido, y sintió gran regocijo al oirlas. «Pues bien, Luis, si quieres, puedes ayudarme mucho, y mientras te llevas esa basura, levantaré á los niños, y quizás no les hará daño que los lave ántes de que tomen el almuerzo.»

Una hora despues, cuando se sentaban á una mesa limpia, la primera que habian visto en su casa hacia mucho tiempo, dijo el marido: «Dime, quién ha puesto todas estas cosas en tu ca-

beza? ¿quién te ha dicho cuánto más felices seriamos si nuestro hogar estuviera más aseado?»

«Si he de decir la verdad, me has hecho una pregunta que no sé cómo contestar, pero te contaré lo que ha pasado, y tú juzgarás por tí mismo.»

Y despues de haber referido á su marido todo lo que habia soñado, concluyó: «Estoy segura de que es verdad, porque, aunque falta mucho que hacer, no me he sentido tan buena y tan feliz desde el día en que por primera vez entré en esta casa.»

Su marido le contestó con un beso, diciendo: «Ay Juana, si me tienes siempre un hogar limpio y aseado, no volveré á la taberna, porque prefiero estar á tu lado y con mis hijos; pero ¿qué ha de hacer un hombre cuando no tiene en su casa un sitio limpio donde sentarse, ni una mesa donde extender su periódico, ni un momento de paz con los gritos de los niños? Por fuerza tiene que ir á la taberna.»

«Cuánto lo siento, y no será culpa mia si vuelve á suceder. Ahora mismo voy á casa de María para pedirla que venga á ayudarme, y me diga el mejor modo de deshacerme de esas papeletas de la casa de préstamos.»

«Si, mujer, vé á ver á María en buen hora. Ella es buena mujer y no te aconsejará mal. Esta noche volveré de mi trabajo directamente á casa, y si hay algo que yo pueda hacer, déjalo hasta mi vuelta.» Y dicho esto, cargó con sus herramientas, dirigiéndose

á su trabajo con pasó tan alegre, que los vecinos al verle tan contento exclamaban: «¿Qué le habrá sucedido á Luis! cualquiera diria que le habia caido el premio gordo.»

En efecto, le habia caido algo más que el premio gordo, porque el dinero que se obtiene con tanta facilidad, se va del mismo modo; mientras que la industria, frugalidad, limpieza y orden, son riquezas duraderas; y en los nuevos propósitos de su mujer se hallaban las semillas de todas estas virtudes, que á su debido tiempo darian frutos muy abundantes.

Hubo gran algazara entre los niños del colegio aquel dia, cuando vieron llegar á los hijos de la señora Juana. ¿Quién habria de creerlo? esos niños ántes tan súcios y desgredados, se presentaron con la cara limpia y los cabellos bien peinados.

Un poco de jabon y agua habia producido este gran cambio, y era solo una lástima que no se hubiera hecho ántes. Si sus ropitas estuvieran tan limpias como sus caras, el cambio hubiera sido completo. Pero el mundo no se hizo en un dia, y la señora Juana tiene hartó que trabajar para recuperar el tiempo perdido.

Así lo experimentó Juana; á pesar de la ayuda de María, sentia pronto cansancio y pensaba en dejar la obra ántes de concluir. Al principio trabajaba bien, y si no hubiera habido tanto que hacer, lo habria llevado á cabo en un par de dias; pero cuesta mucho

trabajo quitar tantas capas de suciedad, y se necesita mucha constancia para destruir al enemigo.

Hay que vencerle combatiéndole dia por dia, y la señora Juana no se encontraba con fuerzas para ello; pero se las daba el recuerdo de ese hogar que habia visto en su sueño, y determinó seguir adelante. Mucho pudo tambien el ver que á cada paso que daba, más limpio parecia su hogar y más alegres sus hijos.

Es verdad que todo no se logró á un tiempo, y la satisfaccion de su marido no era tanta que le impidiera visitar de cuando en cuando la taberna; pero por fortuna su mujer habia aprendido algo más de la señora María que el secreto de conservar limpios su casa y sus niños: aprendió que la mujer que quiere atraer á su marido al hogar, tiene que revestirse de humildad de espíritu, y sufrir con paciencia. No fiándose tanto en sus fuerzas como en las de Aquel que tiene poder para darlas, sobrellevó los disgustos con resignacion por largo tiempo. Y aunque al principio le costó mucho trabajo, luego sintió recompensados sus esfuerzos al ver que sus hijos disfrutaban mejor salud, y que su marido era feliz. No sentia ya el cansancio del trabajo, más con asombro recordaba los tiempos pasados, cuando su hogar era el albergue de la suciedad y la desgracia.

(Se concluirá.)





EL PODER DEL JABON Y AGUA.

(CONCLUSION).

Ha trascurrido un año desde aquella memorable noche, y cualquiera que entrara hoy en el cuarto pensaria que la pobre gente que lo habitaba ántes

se habia mudado, ocupando su lugar otra bien acomodada familia. Y tendria razon. La miseria se ha ido junta con la suciedad y el descuido.

El jornal de Luis, que ántes no cubria los más precisos gastos de casa, porque la mitad se quedaba en la taberna, otra buena parte se iba á la casa de préstamos á satisfacer los crecidos intereses de los muebles y ropas empeñadas, mientras que el resto se escurria entre las manos de Juana, sin saber cómo, es ahora suficiente para garantizar á los esposos una vida acomodada, y á los hijos buena educacion.

Los menores han ido á acostarse, pero vemos la mayor al lado de su madre ocupada en aprender los misterios de los dobladillos. Y llena de alegría y satisfaccion compara ella en su mente los tiempos pasados con su estado actual, preguntándose sorprendida: ¿Es posible que con medios tan sencillos se haya verificado un cambio tan radical? Aire puro, jabon y agua y un poco de trabajo, lo han hecho todo; estos han sido los buenos amigos que me han ganado la victoria contra la miseria y la suciedad.

¡Oh, si mis hermanas llegasen á conocer el poder de estos aliados! Si se acordaran cuánto depende la salud y felicidad de su familia de la atencion que se da á estas pequeñeces, de tener las ventanas abiertas para que circule el aire fresco y puro, conservar el suelo limpio y lavar los niños!

Pero desgraciadamente estas peque-

ñeces se relegan al olvido. Pide á una mujer un sacrificio, y lo obtendrás; pero esa misma mujer que con gusto se desvela una y otra noche á la cabecera de un enfermo, ó que sufre durante una larga vida las brutalidades de un mal marido; que sacrificaría todos sus placeres por el bien de sus hijos; esa misma mujer descuida los pequeños trabajos que tienden á conservar la salud de sus hijos, y á acostumbrar á su marido á una vida ordenada y pacífica. Cuando niñas, no se las ha acostumbrado al aseo y orden, y llegadas á ser esposas, no hacen caso de tales pequeñeces pensando: «¿Qué necesidad hay de tanta limpieza, cuando todo sigue bien sin ella?»

De este modo el polvo va cubriendo las paredes, el aire impuro se estanca en la habitacion, un niño enferma y muere sin que se sepa de fijo la causa de su fallecimiento, otra criatura padece de escrófulas, y todos están achacosos.

¿Cuándo nos convenceremos de que muchos, muchísimos males de que padecemos tienen su seguro y fácil remedio?

¡Oh! si pudiéramos conseguir que los amigos de Juana, los que vió en su sueño, viniesen á visitarnos por un año, entónces apreciaríamos cuánto valen, y les diríamos: quedáos con nosotros toda la vida.



LA ESCLAVA DEL GENERAL.

CONCLUSION.

Podeis figuraros la sorpresa é indignacion provocadas por las palabras de la muchacha. ¡Un israelita haria, lo que no podian hacer todos los siriacos, superiores por tantos conceptos á aquella nacion que habian batido mil veces! ¡Un profeta, un teólogo entenderia de medicina más que los mismos médicos y facultativos! El ilustre general, vencedor en tantas batallas, debia humillarse á pedir favores á sus enemigos, yendo en concepto de suplicante á Samaria, donde habia pensado entrar como conquistador.

Todo en él se resistia á acceder á tales exigencias; le parecia imposible humillarse tanto. Además, le atormentaba la duda de que todo seria casi en vano; el profeta no le curaria, por no querer ó por no poder; y en tal caso pasaria por ridículo ante todo el mundo.

Pero la cruel enfermedad se agravaba más y más, y su terrible término presentábase cada vez con más claridad á los ojos del infeliz. Por otra parte, la muchacha insistia en su afirmacion con extraña seguridad. A todas las preguntas, dudas y escarnios contestaba sencillamente: Que vaya mi señor al profeta, y este le curará.

No entraba en su mente la menor duda de que Dios tenia poder para hacerlo, ni ménos que él lo haria, con tal que el general humildemente lo pidie-

se. Confiaba firmemente en aquella preciosa promesa divina: «Pedid y recibireis, buscad y hallareis.»

Poco á poco la firme conviccion de la esclava se apoderó tambien de la mente del general; alegre esperanza, hasta entónces desconocida, le animó; y resuelto, pidió licencia al rey para ir á Samaria á curarse. Este, aunque algo sorprendido, se la concedió. El general se puso en marcha, llegó á Samaria, y despues de haber probado el profeta su fé, consiguió verse libre de su enfermedad por el poder de aquel varón de Dios.

Pero alcanzó algo más que la salud del cuerpo. Llegó á conocer que todos sus dioses no eran más que ídolos, sin poder alguno para aliviar ó auxiliar; que el Dios invisible, venerado en Israel, era el único verdadero, omnipotente. En él puso en adelante su confianza, y solo á él rindió culto y homenaje.

Podeis figuraros, cuánta gratitud sentiria hácia su criada que le habia enseñado el camino de la salud corporal, al par que de la vida eterna! Y cuán grande deberia ser la alegría de ésta al volver su amo, no ya leproso, sino fuerte y sano; no ya pagano, sino conocedor y adorador del mismo Dios en quien ella confiaba.

En adelante no tenia ya para qué orar á solas, afligida por los vituperios de los demás criados; en compañía de su amo y de su familia, dobló las rodillas ante Dios.

Hé aquí la bendición que Dios derrama sobre los que le dan testimonio y predicán su nombre en medio de los incrédulos é idólatras. Aquella muchacha, en la humildísima posición de esclava, llegó á ser un poderoso predicador en casa de sus amos y en toda la corte pagana, sin que por esto hubiera abandonado ni un solo momento sus deberes diarios, ni su acostumbra-

da humildad.

¿Quién entre vosotros, amigos míos, no anhelaría hacer otro tanto? Pues nada impide que lo hagais. Dad testimonio con vuestra palabra y conducta de vuestra fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, do quiera que esteis, sin temor; y estad seguros que Dios bendecirá vuestra humilde obra, otorgándole su poderoso auxilio y aprobacion.



1. Ven á Cris-to, ven a-ho-ra, Ven a-sí cual es-tás. Y de él sin de-
2. Cree y fi-ja tu con-fian-za En su muer-te por tí: El re-go-ci-je al-



mo-ra El per-don ob-ten-drás.
can-za Quien lo hi-cie-re a-sí.

3.

Ven á Cristo con fé viva,
Piensa mucho en su amor.
Y no dudes reciba
Al más vil pecador.

4.

El anhela recibirte
Y mostrarte merced,
Y las puertas abrirte
Al eterno placer.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales.
Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Ja-cometrez, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñon 7.